



## ENRIQUETA

### I

**C**UANDO el cura hubo dado la bendición, los amigos y conocidos del difunto salieron de la iglesia, después de tomar el agua bendita, y se reunieron en la plaza de Santo Tomás de Aquino; y aquellos hombres de buena sociedad entablaron diversas conversaciones, satisfechos de respirar el aire libre y disfrutar el sol de marzo después del aburrimiento de una misa interminable y de las molestias

de una atmósfera sofocante producida por el incienso y los caloríferos.

—¡Pobre Bernard! Es duro irse al otro barrio á los cuarenta y dos años.

—Sin duda, pero convengamos en que él se tuvo la culpa... Eso es lo que tiene darse buena vida...

—El no se ha privado de nada...

—No... El juego...

—Y el amor... el amor sobre todo.

—Y los licores... Porque también trincaba de lo lindo...

—¡Se ha precipitado!... El juego, las mujeres y la buena mesa...

—Dicen que empezaba á arruinarse.

—No es cierto. Acababa de realizar á una anciana tía de quinientos á seiscientos mil francos. Así es que debe dejar á su viuda y á su hijo una bonita fortuna.

—Entonces la bella señora de Bernard volverá á casarse.

—¿Quién sabe? Puede que no lo haga por el niño. Dicen que le adora.

En suma, se lamentaba poco la muerte de aquel hombre conducido á la tumba con todo el lujo de que es capaz la empresa de pompas fúnebres: misa cantada, flores de Niza, antorchas de llama verde alrededor del catafalco. Y el más gallardo maestro de ceremonias. ¡Oh! Un moctón soberbio que tenía el aspecto lúgubre y las patillas blancas de un antiguo par de Inglaterra; un hombre admirable que la administración no presentaba más que en las grandes ocasiones y que había desempeñado los papeles de padre noble en los teatros de provincia. Pero, á pesar de todo este aparato, el difunto, señor Bernard des Vignes, diputado, individuo del consejo general de Mayenne, antiguo oficial de caballería, caballero de la Legión de Honor, era tratado con arreglo á sus

méritos en las conversaciones que entablaban á media voz todos aquellos señores enlutados.

Y la verdad es que no había sido sino un calavera vulgar, sin gracia, sin elegancia, y que seguía siendo provinciano á pesar de sus quince años de París. Nada más banal que su historia. Rico, se casó á los veintiocho con la hija de un senador corso, amigo personal de Napoleón III, la admirable señorita de Antonini, cuya belleza de transteverina producía por entonces sensación en las Tullerías y en Compiègne. Durante algún tiempo la amó á su manera. De pronto, injusta y neciamente celoso de su mujer, renunció su empleo de teniente de dragones de la Emperatriz, se retiró á sus propiedades, y adquirió costumbres chavacanas, no quitándose nunca las botas de caza, fumando de sobremesa en pipa, mientras bebía no pocas

copas de licor. Tuvo un hijo, único consuelo de la señora de Bernard, pronto abandonada por el antiguo libertino de guarnición que después de dos años de vida casera, iba con frecuencia á París á echar una cana al aire, y en sus escursiones de caza, mientras almorzaba una rústica tortilla en el borde de una mesa, abrazaba á las mozas que le servían.

El primer cañonazo de la guerra de 1870 despertó, sin embargo, un eco en el alma de aquel grosero vividor y le recordó que había sido soldado Comandante de móviles se batió con bizarría, ganó una herida y la cruz, y en las primeras elecciones fué enviado á la Cámara por su departamento. Como era un grandísimo bestia siguió á las mayorías. De reaccionario pasó sucesivamente al centro derecho, después al izquierdo, luego al oportunismo. No abrió jamás la boca más que para pedir la clau-

sura y fué siempre reelegido. Pero obligado por sus funciones á vivir en París dió rienda suelta á su temperamento y se lanzó á los placeres.

La señora de Bernard fué entonces completamente abandonada y no vió sino rara vez y apenas á las horas de comer á aquel marido á quien nunca había amado y que entonces despreciaba. Demasiado honrada para vengarse y demasiado altiva para quejarse huyó del mundo, y casi siempre sola en su estancia del muelle Malaquais se consagró enteramente á su hijo, que cursaba como externo en el Liceo de Luis el Grande y daba ya muestras de una inteligencia singularmente precoz. Era de esas madres que aprenden el griego y el latín para corregir los cuadernos y repasar las lecciones á sus hijos. Se hablaba de ella con admiración porque las pocas mujeres admitidas á su intimidad

no tenían motivo de envidia contra aquella belleza que se ocultaba, aunque seguía siendo admirable, y en la que los treinta años habían impreso los tonos calientes y pálidos de un hermoso mármol, que ni el tiempo ni los pesares habían marchitado. Aquella desgracia, soportada con tanto valor y tanta dignidad, era citada en todas partes como un ejemplo y la maledicencia parisiense ni siquiera subrayaba con una sonrisa el nombre del coronel Voris, un compañero de promoción de su marido, cuyo sentimiento respetuoso por la señora de Bernard des Vignes osaba apenas manifestarse por medio de tímidas visitas.

Por fin había terminado el largo suplicio de la pobre mujer. Bernard, el gran Bernard, como le llamaban sus amigos de casino, no había podido resistir á su última indigestión de trufas; y en el atrio

de la iglesia alrededor del abultado féretro que esperaba el furgón de las pompas fúnebres, se formaba corro para escuchar los discursos de rúbrica.

Pero mientras desfilaban las mentiras oratorias «buen francés, intrépido soldado, patriota ilustrado», todos aquellos señores importunados por el difunto que daba demasiado que hablar, todo lo más que pensaban—si pensaban algo—era en la hermosa y opulenta viuda, que por fin quedaba libre; y cuando terminó la ceremonia y se dispersó la concurrencia, repitióse muchas veces en los diálogos de despedida, esta frase:

—La bella señora de Bernard volverá á casarse antes de un año. ¿Apuesta usted algo?

---

## II

Algunas semanas después del entierro, la señora de Bernard estaba sentada delante del bastidor junto á la ventana de su gabinete. Sus ojos absortos, sin mirada, vagaban por el paisaje del muelle tan agradable en el buen tiempo. Pero no veía ni el cielo primaveral de un tinte azul tan suave, ni la corriente del río surcado por los alegres botes y reflejando los rayos del sol, ni la noble fachada del Louvre, ni el esbelto ramillete de árboles del lado del Puente Real entre cuyas ramas negras circulaba ya como un principio de verdura. Sentada en su sillón, con los codos apoyados en el bastidor y la cabeza incli-

nada sobre las manos, la hermosa viuda cuyo busto de diosa se modelaba bajo su ceñido traje de luto, evocaba todos los recuerdos de su vida pasada.

Se veía en las Tullerías, atravesando por primera vez del brazo de su padre los magníficos salones. Oía detrás de sí un murmullo de admiración que semejaba la estela de su traje de baile. Veía en el rostro de los que la miraban pasar una leve sonrisa, como un homenaje de admiración á su hermosura. Encontraba esta misma impresión en los ojos del Emperador y de la Emperatriz en el momento de la presentación; y como en aquel momento la orquesta atacaba el brillante prelude de un vals, le parecía que aquella música triunfal era en honor suyo.

Luego pasaban muchos meses de fiesta, de aturdimiento. Era la rosa triunfante entre la juventud florida de la corte. Reina

de las amazonas seguía al galope las cárceles de Compiègne, á través de los tallos dorados del bosque de otoño. Era la célebre señorita Blanca Antonini y la soberana sugestionada por ese efluvio de simpatía que emana de los seres perfectamente bellos, no pasaba nunca por delante de ella sin dirigirla algunas palabras dulces y lisonjeras que escuchaba con los ojos bajos haciendo una reverencia.

Pero no tenía fortuna. Su belleza era su único dote. El Emperador había recompensado con un asiento en el Senado los servicios del viejo Antonini que hacía alarde de una de esas fidelidades en que se combinan el instinto del perro y el fanatismo del mameluco, una de esas abnegaciones siempre prontas á interponerse entre el pecho del amo y el puñal del asesino. Pero aparte de su sueldo de senador el buen corso no poseía más que una casa

nada sobre las manos, la hermosa viuda cuyo busto de diosa se modelaba bajo su ceñido traje de luto, evocaba todos los recuerdos de su vida pasada.

Se veía en las Tullerías, atravesando por primera vez del brazo de su padre los magníficos salones. Oía detras de sí un murmullo de admiración que semejava la estela de su traje de baile. Veía en el rostro de los que la miraban pasar una leve sonrisa, como un homenaje de admiración á su hermosura. Encontraba esta misma impresión en los ojos del Emperador y de la Emperatriz en el momento de la presentación; y como en aquel momento la orquesta atacaba el brillante prelude de un vals, le parecia que aquella música triunfal era en honor suyo.

Luego pasaban muchos meses de fiesta, de aturdimiento. Era la rosa triunfante entre la juventud florida de la corte. Reina

de las amazonas seguía al galope las carreras de Compiègne, á través de los tallos dorados del bosque de otoño. Era la célebre señorita Blanca Antonini y la soberana sugestionada por ese efluvio de simpatía que emana de los seres perfectamente bellos, no pasaba nunca por delante de ella sin dirigirla algunas palabras dulces y lisonjeras que escuchaba con los ojos bajos haciendo una reverencia.

Pero no tenía fortuna. Su belleza era su único dote. El Emperador había recompensado con un asiento en el Senado los servicios del viejo Antonini que hacía alarde de una de esas fidelidades en que se combinan el instinto del perro y el fanatismo del mameluco, una de esas abnegaciones siempre prontas á interponerse entre el pecho del amo y el puñal del asesino. Pero aparte de su sueldo de senador el buen corso no poseía más que una casa

medio destruída y algunas hectáreas de tierra en el salvaje país de Sarténe.

Hombre de una probidad robusta, aquel conspirador cuyos ojos de perro leal y cuya sonrisa afectuosa, debajo de su bigote gris de gendarme, agradaban á Napoleón III recordándole su juventud y los malos tiempos, aquel antiguo sub-oficial que en el lance de Strasburgo había arrostrado el consejo de guerra y las balas del pelotón de ejecución, podía mostrar, en medio de los agiotages de la época, sus manos enteramente limpias. Se sabía que la señorita de Antonini era pobre y por eso cuando Bernard des Vignes, el arrogante teniente de dragones, la invitó á valsar tres veces seguidas en el baile de las Tullerías, todo el mundo la creyó dichosa por encontrar un partido de cien mil francos de renta.

Se casó sin amor, por conveniencia,

por tranquilizar á su padre á quien inquietaba el porvenir; y súbitamente desapareció toda su dicha, como una decoración que se cambia, al experimentar los absurdos celos de su marido, su destierro en provincia y el amargo disgusto de descubrir en el hombre á quien había unido su suerte un vividor grosero, libertino de bajo vuelo y casi borracho. A no ser por su hijo, á quien crió ella misma y cuyo nacimiento había llenado con los goces de la maternidad su corazón y sus entrañas, aquella corsa, que era digna de su patria, orgullosa, casta, vengativa, se hubiera separado ciertamente de su indigno esposo. Pero se resignó por amor al niño, á pesar de sentirse herida por nuevas desgracias. El imperio se hundía; el senador murió repentinamente de una apoplejía al saber la capitulación de Sedán. Por fin después de la guerra, Bernard, electo



diputado, la llevó á París... Y entonces recordaba los largos años de aburrimiento, de soledad, pasados en aquel gabinete junto á la misma ventana, mirando aquel río que corría siempre tan lento y tan monótono como su vida!

Es verdad que tenía su hijo á quien amaba apasionadamente y que ya á los trece años era un hombrecito que la servía de compañía. ¿No había vivido hasta entonces para él? Pues seguiría lo mismo y asunto concluído. Envejecería á su lado, le casaría, sería abuela. ¡Su querido Armando! Ya le esperaba. Iba á volver del colegio. Y se enternecía pensando que pronto entraría en el gabinete, vestido de luto y se arrojaría á su cuello y ella besaría con transporte su frente pálida de estudiante aplicado y le retendría en sus brazos, mirándose con amor en el fondo de sus ojos negros, tan expresivos, tan

puros, iluminados por la llama del pensamiento.

Sin embargo, otro recuerdo ocupó el pensamiento de la señora de Bernard.

Pensó en el único amigo de su marido que lo era también suyo, en el único hombre que despertaba en su alma una dulce simpatía.

Hacía muchos años que todos los jueves —este era *su día*— de seis á siete, cuando nunca estaba sola, se presentaba en su casa el coronel Voris, frío, correcto, hasta un poco estirado en su levita abotonada militarmente, se sentaba en el círculo de las damas, se esforzaba por tomar parte en las frivolidades de la conversación, rehusaba una taza de té y se retiraba después de una visita de un cuarto de hora. La amaba, estaba segura, y tanto respeto, tanta timidez, la conmovía en el héroe de Saint-Privat que al ver muerto el caba-

llo que montaba había cogido un fusil, como Ney en Rusia, y había vuelto al combate á sus soldados desmoralizados. ¡La amaba! En el *shake-hand* de la despedida, sentía siempre temblar la mano derecha del coronel, aquella mano atravesada por una lanza alemana que no desenguantaba nunca por pudor de su cicatriz. ¡Si ella quisiera volver á casarse!... Aquel hombre de honor y de bravura, aquel paladín de corazón joven y de sienes grises, sería para Armando un protector, un guía, un nuevo padre, mejor que el otro.

Mientras la imaginación de la viuda seguía este orden de ideas, una dulzura infinita iluminaba su bello rostro. ¿Qué tenía? ¿Por qué su corazón latía con más fuerza y más viveza?

Dè repente un criado anuncio al coronel Voris.

Seguramente debía á la señora de Ber-

nard una visita de simpatía y su calidad de antiguo amigo le autorizaba á presentarse en cualquier día y á cualquiera hora. Pero ¿por qué precisamente hoy y por qué en el momento en que pensaba en él? ¿No es extraña esta complicidad del azar?

Y al ver entrar al coronel—el aspecto siempre joven, el talle delgado, el bigote más negro por el contraste de algunos pelos blancos—la señora de Bernard se siente turbada. El se acerca, le tiende la mano—su mano mutilada bajo el guante—se sienta á su lado y le habla de su duelo.

—No dudará usted que tomo gran parte en su dolor, la dice.

Nada más sobre este penoso asunto. Tiene la delicadeza de comprender que sería chocante un alarde de sentimiento hipócrita. Pregunta después por Armando y su voz se hace amistosa al pronunciar el nombre del niño.

Pero la conversación languidece cortada por largas pausas.

—Venía también, señora—dijo el coronel después de vacilar un momento—á pedir á usted un consejo.

—¿Un consejo?... ¿A mí?... ¿Cuál?

—Antes de su luto de usted yo pensaba volver á Argelia... Tenía una pena íntima.. Ahora el nuevo ministro de la Guerra me ofrece un puesto en su estado mayor, permaneciendo en París... El pesar que me hacía huir ya no existe ó por lo menos, ya no es un pesar sin esperanza... y vacilo. ¿Qué debo hacer? ¿Marchar ó quedarme? Lo pregunto sencilla y francamente á la amistad de usted.

La señora de Bernard ha comprendido. Bajo aquella forma, apenas velada, el coronel le pregunta si puede esperar recompensa á su silenciosa fidelidad. No tiene más que decir una palabra «quédese us-

ted», y dentro de un año será la esposa de un hombre á quien estima y que la consolará de todas las miserias del pasado, siendo un padre para su querido Armando. Podrá conocer la felicidad, amar, vivir...

Pero la puerta se abre de pronto, una fresca voz infantil grita: «Buenos días mamá», y la señora de Bernard se estremera. Es su hijo que vuelve del colegio y que tirando los libros encima de la mesa la abraza alegremente.

—Buenos días, caballerito—dice el coronel—¿quíere usted darme la mano?

Armando apenas conoce á aquel señor grave. Además es un poco uraño. Sin embargo, toca la mano que se le ofrece, pero sólo por obediencia cortés, y por sus grandes ojos negros cruza un relámpago de inquietud, casi de sóspecha. La señora de Bernard ha observado á su hijo. Vé

hasta qué punto son extraños uno á otro aquel hombre y aquel niño, y profundamente conmovida por el admirable y omnipotente instinto maternal, se ruboriza, siente en las orejas un ardor de vergüenza... Dios mío ¿en qué pensaba antes?

Entonces levantándose atrae á Armando á su lado, pone con gesto acariciador una de las manos sobre la cabeza de su hijo y con voz tranquila y los ojos bajos dice al coronel en pie delante de ella:

—Debo á usted una respuesta, mi querido señor de Voris y será tan leal como su pregunta. Creo... sí, creo que debe usted volver á Argelia.

Y habiendo saludado respetuosamente, el coronel se aleja con paso firme como un soldado á quien su jefe manda ir á hacerse matar y va.

Decididamente la hermosa señora de Bernard no se volverá á casar.

### III

A partir de aquella hora decisiva el amor de la viuda á su hijo aumentó en razón directa del sacrificio que había hecho por él y se hizo aun más apasionado, casi celoso. No podía pasar sin la presencia de Armando. Necesitaba, sino tenerlo siempre á la vista, por lo menos saber que estaba en la casa, cerca de ella. Sufría con sus ausencias que, sin embargo, eran muy cortas, porque no iba al colegio más que á las horas de clase y muchas veces presa del deseo de verle media hora antes, pedía su carruaje y se hacía llevar á la puerta de Luis el Grande. Llegaba allí con mucha anticipación, se impacientaba